

# Entre algodón y tiliches. Los inmigrantes libaneses y su inserción a la ciudad de Torreón en el México posrevolucionario (1920-1940)

Margarita Isabel Arvide Basterra <sup>1</sup>  
Universidad Autónoma de Nuevo León

## Introducción

Si bien México es mayormente catalogado como un país exportador de migrantes a distintos países, nuestra nación ha sido también destino final para cientos de personas. En particular, se fomentó y facilitó la entrada de ciudadanos europeos durante la época del Porfiriato (1876-1911), con la finalidad de diversificar al país y las inversiones en el mismo. No obstante, esta política de “brazos abiertos” se vio interrumpida por la lucha armada revolucionaria de 1910. Con el final de la Revolución mexicana y el proceso de institucionalización del estado durante los años de 1920 a 1940, se reanudó el flujo migratorio al territorio.

En particular, viajeros provenientes de Oriente Medio y de Asia atravesaron en barco el mundo con la intención de arribar a las nuevas oportunidades que se anunciaban en el continente americano. Durante este periodo, la década de los años treinta significó la consolidación del auge industrial comenzado en el siglo pasado, y del federalismo sobre las voluntades de las entidades federativas. El noreste por su parte creció enormemente y se benefició del desarrollo económico, posicionándose como líder en materia empresarial. A lo anterior, se le suman las grandes ventajas económicas que la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) representó para México, pues el conflicto generó una enorme demanda de productos para la industria bélica, materias primas y alimentos. La población creció, así como su capacidad adquisitiva y las condiciones de vida mejoraron. Lo anterior propició que, una vez superada la crisis nacional producto de los estragos de la Revolución, y de los efectos adversos de la Crisis de 1929 en Estados Unidos, México transitara a un periodo de prosperidad que se conoce como el Milagro Mexicano (1940-1970).

Asimismo, el asentamiento de inmigrantes en México y particularmente en el noreste, suministró la mano de obra necesaria, junto con el capital extranjero requerido para avivar la llama del desarrollo económico en esta región alejada del perímetro de la capital. Desde los trabajadores chinos hasta los capitalistas españoles, pasando por los empresarios norteamericanos, el noreste se vio beneficiado significativamente por la presencia de extranjeros que hicieron de nuestra nación su nuevo hogar.

En particular, los ciudadanos de origen libanés se constituyeron como uno de los grupos más exitosos debido a su afinidad por el comercio, también por el entramado de redes familiares que tejieron, el marcado interés de sus intelectuales en la vida política y social de México, la similitud en el culto católico-maronita. Y en última instancia, el deseo común de integrarse en la sociedad e identificarse como mexicanos.

Para comprender mejor este proceso de inserción, es pertinente revisar el caso de una de las ciudades de mayor importancia en el noreste. Sería en la población de Torreón, ubicada en Coahuila y en el centro de la denominada Comarca Lagunera, donde se correspondió un escenario óptimo para que los inmigrantes del levante establecieran su comunidad.

Sin embargo, la relevancia de esta comunidad libanesa, y sus aportaciones a la economía de la zona ha sido infravalorada en la historiografía regional. En términos numéricos, su presencia demográfica yace reducida, pero su influencia es visible y concreta en la sociedad coahuilense.

Por lo tanto, este texto tiene el objetivo de visibilizar y argumentar la relevancia que los inmigrantes libaneses y su descendencia tuvieron en el desarrollo de la ciudad de Torreón, así como analizar las políticas migratorias mexicanas durante el periodo posrevolucionario, junto con las causas históricas que provocaron la llegada de este grupo y los motivos por los cuales seleccionaron la ciudad de Torreón para residir. Para este fin, se realizó una investigación documental, y se consultaron fuentes secundarias como artículos, ensayos y notas periodísticas.

## Antecedentes

La migración es un fenómeno que ha acompañado a la humanidad durante toda su historia. Abandonar el lugar de origen siempre deja un impacto en quien se va y en quienes se quedan; a pesar de eso, el mestizaje que es producto de la integración de extranjeros en cualquier sociedad, la enriquece enormemente. Las razones para partir son distintas según cada caso. Aun cuando los inmigrantes son

<sup>1</sup> Historiadora. Es licenciada en Historia por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Nuevo León. En esta Casa de Estudios, fue miembro del programa de talentos universitarios, becaria del Centro de Estudios Humanísticos y directora de *Bloch. Revista Estudiantil de Historia*, editada por alumnos del Colegio de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras.

en su mayoría motivados por la búsqueda de mejores condiciones de vida, oportunidades laborales, conflictos bélicos o persecución religiosa, también hay quienes son motivados simplemente por la aventura o el amor.

En lo que concierne a la presente investigación, es fundamental conocer las razones que los libaneses tuvieron para abandonar el país de los cedros e internarse en el ombligo de la Luna. El conocimiento de sus circunstancias a inicios del siglo XX facilita comprender las características en común y el perfil que compartían quienes llegaron a México. Sobre esto Jacobs nos dice que:

La migración libanesa a México obedeció a factores sociopolíticos y económicos, los cuales afectaron directamente a los libaneses que dejaron su patria, y fue favorecida por una política migratoria mexicana que admitió su ingreso al país a partir de 1878; se cree que los libaneses, palestinos y sirios establecidos en México en 1905, sumaban cinco mil. Y se calcula que hoy día alrededor de 300 000 mexicanos tienen ascendencia libanesa o de otros países levantinos. La mayoría huía del dominio turco, puesto que, desde 1516 hasta su derrota por los aliados europeos en 1918, la región formaba parte del Imperio otomano, cuyo yugo recrudecía a finales del siglo XIX y obligaba a los jóvenes a incorporarse a su ejército. Durante los cuatro siglos que perduró dicho régimen, que no impuso ni su religión ni su lengua, coexistían en lo que hoy conocemos como Líbano dos grandes corrientes: la cristiana —desde el siglo IV— y la musulmana —desde el siglo VII—; los judíos y los drusos conformaban minorías. Emigraron cristianos y judíos porque en aquella región se favorecía a la comunidad musulmana, a pesar de ser entonces minoritaria; el yugo turco cesó al concluir la Primera Guerra Mundial, cuando Líbano pasó a ser un protectorado francés, hasta su independencia el 22 de noviembre de 1943<sup>2</sup>.

De tal manera que los libaneses que arribaron al continente aspiraban a encontrar un sitio donde establecerse y prosperar, lejos de las consecuencias de la Primera Guerra Mundial (1914-1918), el hambre y la violencia. Aunque el Imperio Otomano permitió el florecimiento de otras religiones ajenas al islam en sus dominios, los cristianos maronitas y judíos eran tratados como ciudadanos de segunda clase. Los libaneses, descendientes de culturas milenarias, también deseaban una mayor libertad intelectual y comercial que la permitida en el Líbano, el cual había pasado de manos otomanas a francesas.

Sobre el Líbano como mandato francés, Ramírez señala que a partir de 1920 y hasta 1947 con la proclamación de la República del Líbano, los pasaportes que los libaneses usaban fueron expedidos por Francia y no por Turquía, quien en décadas anteriores conformaba a la Sublime Puerta y daba a sus súbditos dicha nacionalidad. Con este cambio de administración una parte considerable de la población salió de su país, unos hacia la misma Francia, otros hacia Estados Unidos y una minoría escogió América Latina, ya fuera por tener familiares en el territorio o por mero accidente, pues desembarcaban antes de llegar a tierras estadounidenses<sup>3</sup>.

Cabe destacar que las autoridades francesas sí tomaron medidas para detener el éxodo de los habitantes, con el objetivo de retener a la población y de emplearlos para levantar al país de su situación económica. El 4 de diciembre de 1924 se emitió el Decreto 2975 que restringía la salida de los libaneses. Empero, esto no frenó enteramente la emigración<sup>4</sup>.

Además, es necesario considerar que la Primera Guerra Mundial terminó con la industria libanesa de la seda, de fundamental importancia económica e histórica para la región. Marín señala que el Líbano intentó retomar las labores en las fábricas al inicio de los años veinte, pero no fue posible. Al ser dicha industria de las principales actividades económicas de los libaneses, la población vio agudizados sus problemas económico-sociales y buscaron, por ejemplo, diversificar sus activos mediante la sustitución de los árboles de morera (cuyas hojas son el alimento de los gusanos de seda) por árboles de naranja. De tal forma que, fueron los campesinos libaneses quienes resintieron la crisis y conformaron el grueso de migrantes que se trasladaron a Latinoamérica<sup>5</sup>.

Los campesinos libaneses también se vieron motivados a migrar debido a las noticias de éxito que recibían de sus compatriotas, decenas de los cuales retornaron al territorio con capital suficiente para comenzar nuevos negocios. Era común que ejercieran actividades como el comercio en América y al cabo de unos años retornaran a su comunidad con la finalidad de invertir el dinero generado de su actividad en el extranjero.

Por otra parte, la compatibilidad entre la religión católica practicada en México y el culto maronita generó un ambiente de comodidad, donde los libaneses pudieron establecer nexos comunitarios y comerciales; el inmigrante se convirtió en emigrante. De forma similar a los españoles, los libaneses hicieron uso de la migración en cadena, para invitar a sus familiares o vecinos en el Líbano a emprender tan largo viaje. También es justo destacar que hubo muchos que esperaban llegar a Estados Unidos y se confundieron, quedando varados en nuestro país. O simplemente veían a México como una escala antes de Estados Unidos y acabaron por quedarse<sup>6</sup>.

### **El perfil de los inmigrantes**

La identidad del primer libanés que arribó a México sigue siendo un misterio para los historiadores; al respecto Zeraoui plantea lo siguiente:

De acuerdo con las informaciones que [proporcionó don Álvaro Negib Aued], director de la revista *El Emir*, el primer ciudadano que

<sup>2</sup> Patricia Jacobs, "Los inmigrantes libaneses y su innovadora aportación", p. 43.

<sup>3</sup> Luis A. Ramírez, *De cómo los libaneses conquistaron la península de Yucatán*, p. 15.

<sup>4</sup> Roberto Marín, "Las causas de la emigración libanesa", p. 604.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 601.

<sup>6</sup> Patricia Jacobs, "Los inmigrantes libaneses y su innovadora aportación", p. 44.

llegó a esta tierra fue el reverendo Padre Boutrous Raffoul, quien desembarcó en Veracruz en el año 1878 [...] y se dedicó a recorrer el país visitando, preferentemente, la zona de Jalisco<sup>7</sup>.

A través del análisis de las tarjetas de migración disponibles en el Archivo General de la Nación, es posible afirmar que, como los sirios, egipcios, palestinos e iraquíes, el libanés que inmigraba era generalmente hombre, católico maronita, de edad temprana, soltero y se casaba con una mujer enviada de su comunidad originaria, se dedicaba al comercio principalmente y recibía ayuda para establecerse de sus parientes. Las cifras dadas por Zeraoui lo explican numéricamente:

Un tercer elemento es la preponderancia de la actividad mercantil de la comunidad y la responsabilidad en el hogar, que afecta a la inmensa mayoría de las esposas. Finalmente, la juventud de la comunidad árabe a su llegada a México es notable. En efecto, más de la mitad de los que ingresaron tenía en el momento de su llegada menos de 25 años. A partir de 1950, la llegada árabe a México conoció una caída drástica por las independencias nacionales y las políticas migratorias mexicanas más drásticas y selectivas. A pesar de este hecho, el crecimiento natural de la comunidad árabe en México ha llevado a un importante desarrollo durante el medio siglo posterior. La comunidad libanesa que alcanzaba 1365 familias en 1942 tenía para 1982, 5627.27<sup>8</sup>.

Ahora bien, es necesario señalar que los datos estadísticos como la edad o el género no brindan el panorama completo de estos inmigrantes. Aun cuando eran hombres jóvenes, y provenían en su mayoría del campo con la voluntad de generar riqueza para ayudar a sus familias, la denominación de libanés no englobaba la complejidad identitaria de los mismos. Los inmigrantes estaban compuestos por un crisol de identidades; se reconocían como pueblos cristianos del Monte Líbano, pero asumían su pasado fenicio. Los libaneses eran ciudadanos de un estado que no existía; se identificaban como parte de un pueblo, pero su condición de colonia les había impedido transitar a la modernidad. Eran otomanos de pasaporte, turcos de apodo, sirio-libaneses después de la Primera Guerra Mundial y posteriormente, árabes dentro de La Liga Árabe. Su identidad se transformó según los acontecimientos que tuvieron lugar en México y en Medio Oriente, la asimilación cultural los volvió mexicano-libaneses<sup>9</sup>.

### **Se buscan ciudadanos: México como país receptor de inmigrantes**

El México que dejó la Revolución había experimentado profundas transformaciones y para la década de 1920 estaba en vías de construir un gobierno institucionalizado, mientras que la población se reponía de las muertes producto de los combates y de los fallecidos por la epidemia de 1918. Gómez afirma que *la peste roja, la muerte púrpura o el trancazo*, como se le conoció en México, llegó súbitamente y así desapareció, dejando a su paso cientos de

miles de víctimas<sup>10</sup>. A pesar de la gradual recuperación, múltiples extensiones de tierra permanecían sin ocupar y a la espera de convertirse en asentamientos. Una solución para esta problemática había sido planteada desde el gobierno de Porfirio Díaz: atraer a colonos extranjeros. Dicha política de brazos abiertos no funcionó con la eficacia que Estados Unidos experimentó, pero sí se formaron comunidades provenientes de España, China y el Líbano. Al respecto Petit *et al.* señalan que:

En México, como en la mayoría de los países latinoamericanos, se empezó a promover la entrada de extranjeros durante todo el siglo XIX, y a partir de la década del treinta del siglo siguiente se establecieron diversas leyes o decretos, cuyo fin era facilitar el asentamiento de los inmigrantes que llegaban a territorio mexicano. Se promovieron proyectos con el argumento de solucionar el problema demográfico y agrícola del país, repartiendo tierras despobladas y sin cultivar a los inmigrantes<sup>11</sup>.

Los extranjeros que llegaron dedicaron sus años de juventud a construir un patrimonio que pudiera ser transmitido a la siguiente generación; esta acumulación primaria del capital hizo posible la construcción de empresas que alimentaron el auge industrial que experimentó el noreste. Ahora bien, no todo fue sencillo. Se tiene registro de inmigrantes que fueron víctimas de ataques motivados por el odio y la xenofobia, de igual manera sus negocios sufrieron los embates de los cambios administrativos del país y algunos participaron directamente en los conflictos armados, integrados como el resto de los mexicanos. En síntesis, el país al que arribaron los recibió con la promesa de una vida próspera, con tierras para cultivar, recursos naturales para explotar, ciudadanos con quienes comerciar y escuelas para educarse, aunque como todos los demás ciudadanos, ellos también fueron irremediablemente afectados por las transiciones de la agitada vida política del México posrevolucionario.

Un ejemplo de lo anterior es comentado por Martínez, quien examina el caso de la Sociedad Nassar Hermanos establecida en Torreón, cuyos miembros son protegidos franceses. Los hermanos eran propietarios de negocios y tiendas que fueron saqueados por las fuerzas villistas en 1916 y para 1922, presentaron una reclamación ante la Comisión Nacional por los daños y pérdidas, la cual no tuvo un fallo favorable<sup>12</sup>.

Dichos cambios originados por el transitar de las décadas, trajeron consigo modificaciones en las leyes de migración. La política porfirista de “brazos abiertos” sería poco a poco magullada, por prejuicios, discursos raciales y en general el nacionalismo imperante de la época. El clima político mundial aceleró el establecimiento de restricciones en la política migratoria mexicana; mantenerse al tanto de las actividades de los extranjeros en suelo nacional era clave para la seguridad y se calificó a ciertas nacionalidades como portadores de enfermedades o incompatibles culturalmente con el mexicano. Esta actitud

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 29.

<sup>9</sup> Carlos Martínez, *Libaneses. Hechos e imaginario de los inmigrantes en México*, p. 411.

<sup>10</sup> Octavio Gómez, “El ‘trancazo’, la pandemia de 1918 en México”, p. 593.

<sup>11</sup> Lorenza Petit, Florcita J. Arellano y Vicente B. Guzmán, “En busca de las huellas árabes en México”, p. 11.

<sup>12</sup> Carlos Martínez, *Libaneses. Hechos e imaginario de los inmigrantes*, p. 191.

evidenció la preferencia por la “raza blanca”; los judíos exiliados de la Alemania nazi fueron recibidos, así como los españoles republicanos de Cárdenas, pero los chinos y libaneses tuvieron que apelar a sus cualidades para justificar su residencia en México. Zeraoui lo explica de la siguiente manera:

El artículo 15 de la Ley de Migración del 13 de marzo de 1926 otorga una gran autoridad a los cónsules mexicanos (que) tienen obligación de expedir tarjetas individuales de identificación, a solicitud escrita de los interesados, quienes deben exhibir pruebas documentales respecto a nacionalidad, estado civil, moralidad, contrato previo de trabajo, etc..., para demostrar que se hallan en aptitud legal de emigrar o inmigrar al país. Además, en su artículo 32 la ley otorga facilidades a los extranjeros que recibieron su carta de naturalización para traer a sus padres, sus descendientes e inclusive a sus hermanos menores de edad. (...). Las leyes de 1936 y de 1947 son más explícitas en la política migratoria mexicana. Por un lado, se proponen atraer a los extranjeros para poblar el país, pero al mismo tiempo plantean restricciones para algunas nacionalidades. En su fracción segunda, el artículo 7 de la Ley de 1936 busca “promover de acuerdo con los requisitos y condiciones que se fijen en cada caso genérico y para resolver problemas étnicos o para llenar necesidades económicas o culturales, la venida al país de extranjeros de la nacionalidad, raza, sexo, edad, estado civil, ocupación, instrucción e ideología que considere adecuadas en el número y por la temporalidad que sea necesaria, pudiendo otorgarse a los inmigrantes facilidades económicas para su establecimiento”. Pero, la fracción IX define el alcance de la ley para dar facilidades a los extranjeros asimilables y cuya fusión sea más conveniente para las razas del país<sup>13</sup>.

Para comprender la postura del estado mexicano y de la sociedad en general hacia los extranjeros durante la década de los años veinte, es pertinente recordar la influencia de la figura de José Vasconcelos, quien propuso en su ensayo titulado *La raza cósmica* (1925) el concepto de una quinta raza latinoamericana que constituía un ideal homogéneo que se fundamentaba en el mestizaje que había tenido lugar en las colonias españolas en América, entre los indígenas, los blancos europeos, los africanos y los asiáticos. Un mestizaje cultural y étnico que no daba cabida a la conservación de la identidad de los pueblos originarios y veía en la mezcla con el hombre blanco una solución para el atraso de la nación. El mestizo sería el hombre mexicano del siglo XX, el reflejo de la modernidad.

Lo cierto es que la emisión de dicha Ley de Inmigración en 1926 y su puesta en marcha en 1927 sí limitó la intensidad del ingreso al país de extranjeros. No obstante, abrió paso a nuevas formas de relación en la comunidad. Como lo explica Ramírez, la migración individual o solitaria del siglo XIX se convirtió en una de carácter familiar, ya que los libaneses se enfocaron en traer a sus esposas, hijos, hermanos e incluso padres de familia. Esta migración escalonada fue la norma hasta inicios del siglo XX y posteriormente se transformó en una de tipo comunitaria. Al hablar

de migración de comunidades, Ramírez se refiere a la ampliación de redes de parentesco para incluir a los nativos de los mismos pueblos en las relaciones preferenciales para el trabajo, negocios y el matrimonio<sup>14</sup>.

Aun así, estas tres modalidades de migración continuaron coexistiendo durante la primera mitad del siglo XX y urdieron visibles redes étnicas. En otras palabras, se construyeron vínculos que trascendieron las relaciones amistosas o filiales, siendo más relevante la identidad de origen compartida<sup>15</sup>.

### Torreón, el *mahyar* mexicano

Martínez afirma que “por el norte también había ya un grupo numeroso de inmigrantes de los que llegaban quizás por el puerto de Tampico, Tamaulipas, o por Estados Unidos. Entre 1901 y 1910 llegaron las familias Hagggar, Achem, Chaul, Chibli, Jaik, Abusamra, Ayub, Kawage, Saad, Iza, Safa, Nasser, Jaidar, Daher”. Junto con ellos, decenas de familias se verían atraídas por el Boom petrolero de Tampico en la década de los años veinte y también por las riquezas agrícolas de la zona de la La Laguna, donde Torreón se convertiría en el epicentro de la inmigración<sup>16</sup>.

Para entender lo anterior, hay que regresar a finales del siglo XIX, pues para la década de 1870 La Laguna comenzó a adquirir relevancia como productora de algodón de la mejor calidad, el cual se empleaba para la próspera industria textil, tanto mexicana como estadounidense. El oro blanco —como se le conocía al algodón—, encaminó el desarrollo económico de la región pues se posicionó como uno de los principales exportadores<sup>17</sup>.

Con las mercancías viene de la mano la necesidad del transporte y, para 1888 las vías del ferrocarril se cruzaron en la estación de la colonia agrícola “El Torreón”, al pasar por ahí por vez primera, el Ferrocarril Internacional Mexicano. El ferrocarril permitió una transportación más eficiente del algodón e incrementó la distribución de este en todo México; el algodón de la Torreón fungió como la materia prima para la vestimenta del mexicano del siglo XX. Urow describe la ciudad a principios del dicho siglo:

Para 1907, Torreón era ya un importante núcleo agrícola y comercial, cuya fama llegaba a lejanos lugares y atraía a gente de los más diversos orígenes a establecerse en sus tierras. Ese mismo año, Torreón contaba ya con servicios de agua potable y drenaje, así como de transporte a nivel local con la red de tranvías eléctricos ya mencionada y a nivel nacional, con tres líneas ferroviarias. De modo que, en 1907, según el periódico *El Nuevo Mundo*, editado en Torreón en ese año, la nueva ciudad era un importante centro ferrocarrilero, a cuya estación entraban diariamente trece trenes de pasajeros y salían otros tantos, sin mencionar aquellos que exclusivamente transportaban carga. Además, había en la joven urbe, desde entonces llamada popularmente “La Perla de la Laguna”, seis representaciones extranjeras (España, Alemania, Estados

<sup>13</sup> Zidane Zeraoui, “Los árabes en México”, p. 14.

<sup>14</sup> Luis A. Ramírez, “Identidad persistente y nepotismo étnico”, p. 12.

<sup>15</sup> *Idem*.

<sup>16</sup> Carlos Martínez, *Libaneses. Hechos e imaginario de los inmigrantes*, p. 13.

<sup>17</sup> Diana Urow, *Torreón: Un ejemplo de la inmigración a México durante el porfiriato*, p. 25.

Unidos, Francia, Inglaterra y China), e igual número de bancos, lo cual denota la existencia de importantes intereses económicos y cosmopolitas. Durante aquellos años se escuchaban en Torreón diferentes idiomas, entre ellos: inglés, francés, alemán, griego, árabe, chino e italiano. (...). También desde los primeros años de su fundación, Torreón contaba ya con importantes industrias, relacionadas de uno u otro modo con el cultivo del algodón, tal es el caso de "La Esperanza", fábrica de aceites y jabones, la jabonera "La Unión", las fábricas textiles "La Constancia", "La Fe" y "La Alianza", así como la fundición metalúrgica Peñoles<sup>18</sup>.

Así pues, la ciudad de Torreón se inundó con extranjeros, particularmente libaneses que se dedicaron a actividades comerciales relacionadas con la venta de textiles y abarrotos para alimentar a todo el pueblo trabajador. Con esta bonanza algodонера, las redes familiares libanesas estimularon la inmigración de sus connacionales a Torreón, devolviendo las riquezas materiales con riquezas culturales. Es en esta ciudad que se puede vislumbrar la diversidad identitaria de los inmigrantes libaneses, pues no solo hubo presencia de maronitas, sino que también el islam encontró su centro de crecimiento, culminando con el establecimiento de la primera mezquita mexicana.

Es posible afirmar que Torreón se constituye como particular frente al resto de las ciudades norestenses con presencia libanesa, debido al florecimiento de dicha comunidad musulmana que se distingue de la mayoría maronita o de los drusos. Martínez relata que:

Todos los musulmanes de ascendencia libanesa pertenecen a familias chiítas del sur del Líbano. Algunos entraron por el puerto de Tampico, entre 1885 y 1900, otros de 1900 a 1920, y entre ese año y 1940, y desde entonces hasta 1975 sólo llegaron unos cuantos. Las familias de La Laguna son de apellidos Serhan Selim, Serhan, Mansur, Mansur Núñez, Hamdan Ibrahim, Jalil Harb, Núñez Jalil, Saad, Cervantes, Jalife Cervantes, Mehde Hachem, Jalil Hamdan, Sabag Sabag, Sabag Matar, Nahle Aguilera, Zain Chamut, Chamut Chamut, Chamut Yaujar, Fayad Chain, Ale Hechem, Elias Ale, Ramadan Ramadan, Braham Rios, Karrum Yunes, Buhdud Martínez, Charara Elias, Darwich Ramírez, Darwich Darwich, González Darwich, Mansur González y otras<sup>19</sup>.

Hay que resaltar que, como explica Zeraoui: "independientemente de la religión practicada, la actividad económica por excelencia de la inmigración árabe ha sido el comercio. En 1933, a pesar de que la población árabe representaba solamente el 4.23 por ciento de la población extranjera, monopolizaba el 55 por ciento de los comercios que estaban en manos del total de los inmigrantes"<sup>20</sup>.

Lo anterior puede ser explicado gracias a las habilidades comerciales heredadas de sus ancestros fenicios, su capacidad de adaptación al mercado mexicano, la implementación de estrategias como el pago en abonos o las ventas a crédito que a la larga resultaron rentables y les permitieron invertir en el auge industrial de la época. Por ejemplo, para 1929 se funda en Torreón la Unión Libanesa de La Laguna, registrada como Sociedad Mutualista<sup>21</sup>. En resumen, el ímpetu negociador libanés y su neutralidad —vendiéndoles

a los campesinos y a los militares por igual—, facilitó su integración a la sociedad y su rápida escalada hasta las élites coahuilenses, lugar en donde permanecen hasta hoy en día.

## Conclusiones

Tras los eventos de la llamada Gran Guerra, los libaneses buscaron la posibilidad de establecerse en un espacio alejado de los daños colaterales que este acontecimiento bélico infringió sobre su sociedad y economía, que ahora se encontraban bajo administración de Francia. El panorama en el Medio Oriente era complejo y se reconfiguró con la caída del Imperio Otomano y la creación de la República de Turquía en 1923, esto también significó alteraciones en las identidades y ciudadanías de los territorios disputados.

En el caso del Líbano, la población inconforme con las condiciones de vida había comenzado a migrar desde mediados del siglo XIX y para inicios del XX una gran cantidad de campesinos habían dejado su tierra para aventurarse a trabajar en América. Si bien el gobierno francés tomó medidas para fomentar la permanencia y repatriación de los libaneses con el objetivo de reconstruir al país, miles de ciudadanos habían hecho un nuevo hogar en países como Estados Unidos y México.

Las redes y vínculos que se tejieron en los nuevos lugares de residencia, en particular México se fortalecieron de tal manera que superaron los vínculos familiares o amistosos para dar paso a la construcción de una identidad de origen, la cual permitió que la inmigración continuara y fuera una opción atractiva. Incluso cuando México endureció sus políticas migratorias, dejando atrás la postura de "brazos abiertos" del porfiriismo.

El inmigrante que llegó a nuestro país era en su mayoría de género masculino, joven, con un origen campesino y que buscaba trabajar para acumular capital y regresar al Líbano. Pero, la realidad es que muchos optaron por residir permanentemente en México y traer a sus familias también. El México que conocieron durante este periodo se estaba recuperando de la violencia de la Revolución y comenzó a implementar un proyecto de institucionalización del estado, así como se consolidó un auge industrial fraguado desde finales del siglo anterior.

Con el tiempo, la comunidad libanesa logró consolidarse como un importante referente en los negocios, gracias a sus habilidades y propuestas para el consumidor. Su capital también formó parte de la inversión que se realizó en el noreste, y aunque enfrentaron distintos retos como la discriminación, fueron capaces de encontrar la fuerza dentro de su misma comunidad. Por otra parte, Torreón es un caso de estudio relevante para comprender la inmigración árabe en el noreste debido al alto número de inmigrantes que recibió en su territorio y los beneficios que esto trajo consigo, pues la mayoría se vio atraído a la bonanza que el cultivo del algodón generó y las facilidades que el ferrocarril proporcionó.

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 32.

<sup>19</sup> Carlos Martínez, *Libaneses: hechos e imaginario de los inmigrantes*, p. 94.

<sup>20</sup> Zidane Zeraoui, "Los árabes en México", p. 26.

<sup>21</sup> Carlos Martínez, *Libaneses: hechos e imaginario de los inmigrantes*, p. 144.

**FUENTES DE INFORMACIÓN**

Gómez, Octavio (2020). "El 'trancazo', la pandemia de 1918 en México", en: *Salud Pública de México*, vol. 62, no. 5, pp. 593-597.

Jacobs, Patricia (2016). "Los inmigrantes libaneses y su innovadora aportación al comercio en México", en: *Historias*, no. 95, pp. 42-57.

Marín, Roberto (1996). "Las causas de la emigración libanesa durante el siglo XIX y principios del XX. Un estudio de historia económica y social", en: *Estudios de Asia y África*, vol. 31, no. 3, pp. 557-606.

Martínez, Carlos (2022). *Libaneses: hechos e imaginario de los inmigrantes en México*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Petit, Lorenza, Florcita J. Arellano y Vicente B. Guzmán (2019). "En busca de las huellas árabes en México. La inmigración árabe en los siglos XIX y XX", en: *Revista Científica UISRAEL*, vol. 6, no. 2, pp. 9-24.

Ramírez, Luis A. (2014). *De cómo los libaneses conquistaron la península de Yucatán. Migración, identidad étnica y cultura empresarial*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Ramírez, Luis A. (2018). "Identidad persistente y nepotismo étnico: movilidad social de inmigrantes libaneses en México", en: *Nueva antropología*, vol. 31, no. 89, pp. 9-23.

Urow, Diana (1999). *Torreón: Un ejemplo de la inmigración a México durante el porfiriato. El caso de españoles, chinos y libaneses*. México: Instituto Municipal de Documentación y Centro Histórico "Eduardo Guerra".

Zeraoui, Zidane (1995). "Los árabes en México: entre la integración y el arabismo", en: *Revista Estudios*, no. 12-13, pp. 13-39.